



PREPÓSITO GENERAL DE LOS CARMELITAS DESCALZOS  
Corso d'Italia, 38  
00198 Roma – Italia

## **A las hermanas carmelitas descalzas**

Roma, 20 de abril de 2021

Queridas hermanas,

Hoy se cumplen doce años de mi servicio como Prepósito General del Carmelo teresiano. En efecto, fui elegido el 20 de abril de 2009 en Fátima. Cuando me fue dirigida la pregunta usual: ¿Acepta?, creo haber respondido: sí, acepto, creyendo que sea esta la voluntad de Dios. Y, por dentro, añadí: aunque (o quizás precisamente porque) es para mí absolutamente incomprensible, considerando quién soy, mi casi inexistente experiencia (solo un año como Superior Provincial de una pequeña Provincia) y la edad más bien escasa para este encargo (tenía 50 años). Desde la distancia de doce años y ya próxima la conclusión de mi mandato, solo puedo dar gracias a Dios por haberme llamado a esta responsabilidad. Aun siendo consciente de los muchos errores cometidos y de que habría podido hacer más cosas y hacerlas mejor, doy gracias al Señor y a los hermanos y hermanas que me han acogido con un gran afecto y me han manifestado un aprecio muy por encima de mis méritos. Creo haber dado todo lo que tengo y lo que soy, para bien y para mal, pero sobre todo sé que he recibido la riqueza de una familia bendecida por el Señor, depositaria de un inestimable don de gracia para vida de la Iglesia y del mundo.

De esta experiencia única, que me ha formado y cambiado en tantos aspectos, forma parte la relación con vosotras, queridas hermanas y madres. He aprendido mucho *de* vosotras y *por* vosotras. Antes os conocía de manera muy limitada. Ante todo, no había comprendido cuán profundo es el lazo que nos une y en qué medida nuestros caminos son y deben mantenerse inseparables. Distintos, es cierto, para que, de este modo, pueda existir la complementariedad y el enriquecimiento recíproco querido por la Santa Madre Teresa, pero con atención a que la diferencia y la autonomía no se transformen en distancia, que aleja e impide comunicar recíproca y profundamente. Durante estos años he hablado a menudo de la importancia del vínculo de comunión fraterna y de trato a la par entre nosotros y estoy convencido de que este es uno de los caminos por los que pasa la renovación de nuestra Orden. Renovarnos significa renovar nuestras relaciones. Sabemos que, para la rama masculina de la Orden, la relación con la rama femenina no es un aspecto secundario o accesorio, sino que se sitúa en el origen de su existencia. De esto, nosotros varones nos hemos avergonzado a

menudo, hemos tratado de ocultarlo y olvidarlo, pero todas las veces que lo hemos hecho nos hemos arriesgado a perder nuestra identidad para convertirnos en algo distinto a lo que el Espíritu había inspirado a Teresa, sea ello un grupo de ermitaños o una sociedad de vida apostólica. El equilibrio típicamente teresiano entre dimensión eremítica y dimensión comunitaria, así como la especificidad de su idea de vida contemplativa, que no nos aleja de la historia, sino que la asume y la lleva dentro de la relación con Dios, está de alguna manera conectado con la correcta relación entre hermanos y hermanas. En esa creación del Espíritu que llamamos carisma, existe un equilibrio tal entre las partes que, si una dimensión es debilitada o descuidada, ello tiene una consecuencia sobre la armonía del todo. Quizás podemos decir que la plenitud de la experiencia del carisma teresiano, la “belleza del Carmelo”, no se da sino en la integración de los dos modos de vivirlo, el de las hermanas y el de los hermanos. Hemos de caminar sobre dos piernas, respirar con dos pulmones, sintiendo ambos como nuestros miembros, formas especulares del mismo cuerpo.

No pretendo describir esta relación en modo idílico, porque ello no sería verdadero. No podemos alimentarnos de ilusiones, que son rápidamente desmentidas por la realidad, sino de convicciones, por las cuales luchar antes que nada con nosotros mismos, y a las cuales ser fieles en medio de las pruebas y las dificultades. Si reflexionamos sobre nuestra relación recíproca, a nivel personal y comunitario, creo que tendremos la necesidad de pedir perdón por haber cometido muchos errores «de pensamiento, palabra, obra y omisión». Sin embargo, una relación real existe y crece solo en esta lucha de luces y sombras, de resistencias del hombre viejo e inspiraciones de la criatura nueva, de prejuicios a superar y libertades a conquistar. Es un camino costoso, que exige energías, tiempo y pasión. Al fin y al cabo, es fácil prestar servicios útiles; lo que es difícil es construir una relación humana y espiritualmente sólida, en la que se pueda confiar. Y es precisamente esto lo que necesitamos: sostener al otro/a para descubrir que en realidad somos sostenidos y que cuando el otro/a falta, se genera un vacío que puede hacernos caer. Santa Teresa diría que «es menester hacerse espaldas unos a otros los que le sirven, para ir adelante»<sup>1</sup>.

Si he tomado la pluma para escribiros, no es solamente para daros las gracias por las oraciones y el afecto con los que me habéis sostenido durante estos años, sino también para dejaros esta invitación a la alianza. Teresa, para realizar el proyecto de refundación del Carmelo a ella confiado por Dios, ha buscado aliados. En verdad ha encontrado muy pocos, pero sin ellos, a pesar de todas las gracias con las que ha sido favorecida, no le hubiera sido posible cumplir su misión. Lo que llama la atención leyendo sus escritos es la lucidez con la que reconoce, de un lado, la grandeza de la empresa a la que ha sido llamada, de otro, su pequeñez y la necesidad de ayudas humanas, de consejeros, de guías y de compañeros de camino; por ello se los pide al Señor incesantemente. Cuando

---

<sup>1</sup> *Vida* 7, 22.

encuentra hermanos y hermanas capaces de comprender y compartir su aventura, estrecha con ellos un sólido pacto de amistad y alianza, que va más allá de los sentimientos y las emociones. Teresa sabe que es una mujer vulnerable en las relaciones con el otro, pero tras una lucha larga y fatigosa le ha sido regalada la paz de un corazón libre de dependencias afectivas. Cuanto más toma forma concreta la obra que está realizando, tanto más Teresa se vuelca toda ella en la empresa, luchando y amando, sufriendo y exultando, esperando y temblando. Se crea muchos enemigos, pero también pocos y verdaderos amigos, y eso le basta para seguir adelante.

Nos hace bien recordar la historia y la experiencia humana de la cual hemos sido generados, porque si hoy sentimos la necesidad de renacer y de recobrar el espíritu originario, ello solo podrá realizarse viviendo experiencias análogas. Una vida nueva nace siempre a través de los dolores y los riesgos del parto. No la compramos ni se crea mediante un decreto. Los decretos vienen después, para reconocer la obra que Dios ha realizado en nosotros. Quizás la palabra “renacer” resultará excesiva para algunos. Y, sin embargo, la vida espiritual de cada uno de nosotros está hecha de muchas muertes y renacimientos y, solo así, se mantiene viva. El camino de un ser humano no es un recorrido rectilíneo de movimiento uniforme y, análogamente, no lo es tampoco el camino de una comunidad religiosa, si es que no queremos reducirla a su perfil institucional. Es propio de las instituciones ser estables y mensurables en términos cuantitativos: podemos contar el número de miembros de una Orden o de una comunidad, cuántas son las vocaciones que llegan y las que se marchan, los años de duración de una fundación, el número de casas, el importe de los recursos económicos. Son datos importantes, que nos permiten tomar conciencia de la realidad objetiva de la institución y nos autorizan a hacer previsiones al respecto de su futuro próximo. Vivir, sin embargo, es algo mucho mayor y muy diferente a administrar una institución. Uno de los peligros, quizás *el* peligro más grave de nuestro tiempo es olvidar lo que significa vivir para un hombre y para un cristiano, y convencerse de que la existencia se puede dividir en tiempo de trabajo para hacer funcionar la estructura y tiempo libre para distraerse y relajarse de las tensiones. Si fuese el caso de que esta visión de la vida y del hombre hubiese entrado en nuestras comunidades y en nuestras almas, entonces sí que tendríamos necesidad de renacer, de dar marcha atrás y recomenzar desde el inicio. No importa, de hecho, para qué institución o empresa se trabaje: importa tener claro si nos hemos convertido también nosotros en parte de un sistema que nos acostumbra a funcionar más bien que a existir<sup>2</sup>. También corremos el riesgo de pensar y vivir la pandemia en la que estamos inmersos desde hace más de un año como obstrucción de una máquina, en espera de que comience de nuevo a funcionar como antes y mejor que antes.

---

<sup>2</sup> Aludo al título del libro de M. BENASAYAG, *Funzionare o esistere?* (Funcionar o existir), publicado por la editorial Vita e Pensiero (Milán 2019).

No es este lugar para adentrarnos en complejos análisis filosóficos y sociológicos sobre el tiempo que estamos viviendo, pero tampoco nos podemos ahorrar el reflexionar seriamente sobre él, como si el espacio de nuestros conventos y monasterios fuese impermeable a la mentalidad del mundo de hoy. Sabemos bien que no es así, ni puede serlo. El Señor no ha sacado a sus discípulos del mundo, sino que les ha dado, mediante el don del Espíritu, la libertad de no ser del mundo (Jn 15, 19). Ser suyos no significa no estar en el mundo y esto implica una lucha y una vigilancia constantes sobre nosotros mismos. Si nuestra atención es prisionera de otras preocupaciones y nuestra libertad de pensamiento y acción está seriamente condicionada por el ambiente que nos rodea, podemos dar por perdida nuestra batalla. Nuestra vista se enturbia y ya no somos capaces de ver más allá de la superficie, de discernir los signos de la presencia de Dios y las semillas de futuro que derrama sobre nuestras vidas. De este modo privamos a la Iglesia y al mundo de nuestro servicio más auténtico y esencial. Ciertamente, ¿quién más que los religiosos y los contemplativos debería ayudar a la Iglesia y al mundo a ver con ojos claros y proféticos el diseño de Dios entrelazado en las intrincadas tramas de nuestra historia? Recordad la exhortación que os ha dirigido el papa Francisco: «Sed faros, para los cercanos y sobre todo para los lejanos. Sed antorchas que acompañan el camino de los hombres y de las mujeres en la noche oscura del tiempo. Sed centinelas de la aurora que anuncian la salida del sol. Con vuestra vida transfigurada y con palabras sencillas, rumiadas en el silencio, indicadnos a Aquel que es camino, verdad y vida, al único Señor que ofrece plenitud a nuestra existencia y da vida en abundancia». Y concluye: «Mantened viva la profecía de vuestra existencia entregada» (VDQ 6). De esto se trata, precisamente: de mantener viva la profecía inherente a nuestra vocación carmelitano-teresiana.

No soy pesimista, queridas hermanas. ¿Cómo podría serlo después de estos años en los que he vivido en contacto con tantas personas que aman a Dios y entregan su vida con alegría? Estoy seguro de que el fuego del Espíritu no se apaga, sino que se mantiene y se conserva como las brasas entre las cenizas, esperando que un nuevo soplo lo reviva. Hemos de orar para que este aliento de vida sople de nuevo sobre el Carmelo. Pero tenemos también que ayudarnos recíprocamente para «desengañarnos», como le gustaba decir a santa Teresa. No es tiempo para preocuparnos de «negocios de poca importancia»<sup>3</sup>. Me duele constatar que, a menudo, es precisamente de cosas poco importantes de lo que nos ocupamos, desperdiciando tiempo y energías en lo que no da vida o incluso está ya muerto, mientras dejamos de aprovechar las fuentes de agua viva. En estos años me ha acompañado un versículo del libro de los *Proverbios*, que he citado muchas veces. Un versículo particularmente querido por un autor, aun más, un testigo que ha identificado con claridad profética los desafíos de la Iglesia de nuestro tiempo, Dietrich Bonhöffer: «Con todo cuidado vigila tu corazón, porque de él

---

<sup>3</sup> *Camino* 1,5.

brotan las fuentes de la vida» (Pr 4, 23). Temo que no estamos custodiando suficientemente nuestro corazón, que no lo escuchamos y no lo cuidamos ni cultivamos. En él, entonces, anidan fácilmente los que el monaquismo antiguo llamaba “malos espíritus”. Esta sí que es una cuestión de la que vale la pena ocuparse: ¿Quién mora en mi corazón? ¿En manos de quién he puesto sus llaves? Pensamos que somos sus dueños y queremos de modo sincero dejarlo en las manos de nuestro Amigo y Señor, pero en realidad, a menudo no es así. Sin darnos cuenta hemos dejado entrar en nosotros mismos y en nuestras comunidades espíritus malvados, que ahora circulan libremente y nos dirigen a los callejones sin salida de la mundanidad.

Necesitamos hablar de todo esto, de ayudarnos como hermanos y hermanas para hacer frente común contra esta invasión que nos priva de la única cosa por la cual vale la pena vivir esta vida: la radicalidad de un corazón que se entrega sin reservas a Jesús y a su Palabra. No tenemos necesidad de marchas atrás temerosas o de ilusorias fugas hacia adelante, las cuales me parecen, ambas, evasiones ante el verdadero problema a afrontar. No es el número de las casas, ni de las vocaciones, no es la cantidad de actividades que seremos capaces de realizar lo que nos asegurará un futuro digno de nuestro pasado. Es la valentía de buscar la verdad dentro y fuera de nosotros y de tomar decisiones coherentes con aquello que hayamos reconocido verdadero, importando poco si coincide o no con lo que el mundo espera o con aquello que hemos hecho hasta ahora. No hay duda de que en los próximos años seremos menos, pero esto no me preocupa. Si nos separásemos, si nos dejásemos distraer por los intereses del mundo y de la carne, a menudo disfrazados de formas religiosas y espirituales, entonces sí que tendríamos que temer.

Encomiendo a vuestra oración el camino de preparación para el próximo Capítulo General. Sé que no nos faltará vuestro apoyo espiritual y fraterno. María sea nuestra guía y maestra para acoger la Palabra y permitir que se haga carne entre nosotros.

Vuestro hermano en el Carmelo:

fr. Saverio Cannistrà ocd